

necesario tener algun vecino, vale mas que lo sea quien os deba su establecimiento. Sed sensibles á la desgracia de un rey, que ya se vé sin esperanza de volver á su reino. Tened consideracion á que unidos Polídamas y Diomedes con los vínculos de la justicia y de la virtud, que son los únicos durables, os mantendrán en una dichosa paz, y os harán temibles á cualquiera de vuestros vecinos que intentará ensanchar con los vuestros sus dominios. Ya veis que os hemos dado un rey capaz de elevar hasta el cielo la gloria de vuestra nacion: dad vosotros, pues que os lo pedimos, una tierra que os es inútil á un rey tan digno, que no hay auxilio que no merezca.

Los Danienses respondieron que mal podrian rehusar nada á Telémaco, á quien debian un rey como Polídamas. Partiéron inmediatamente á buscarle, y traerle del desierto al trono; pero ántes cediéron á Diomedes las fértiles llanuras de Arpi, para que en ellas fundase un nuevo reino, de lo cual recibieron los aliados el mayor contento, porque aquella colonia como griega añadiría una nueva fuerza á su partido en caso de que los Danienses intentasen renovar las usurpaciones de que Adrasto habia dado el mal ejemplo.

Concluida así esta espedicion, solo trataban ya los príncipes de retirarse. Hízolo Telémaco con su tropa, despues de abrazar tiernamente al valiente Diomedes, al sabio é inconsolable Nestor, y al famoso Filoctetes, digno heredero de las flechas de Hércules.

FIN DEL LIBRO VEINTE Y UNO.

LIBRO VEINTE Y DOS.

SUMARIO.

Arriba Telémaco á Salento, y le sorprende ver tan bien cultivada la campiña, y tan poca magnificencia en la ciudad. Esplicale Mentor la causa; le hace notar los defectos que comúnmente impiden que un estado florezca, y le propone por modelo la conducta y el gobierno de Idomeneo. Descúbrele Telémaco su inclinación á Antiope, y su designio de pedirla por esposa. Apruébalo Mentor; elogian ámbos sus buenas cualidades, y le asegura que los dioses se la tienen destinada; pero que por entónces solo debe pensar en volver á Itaca, y en librar á Penelope de las persecuciones de sus pretendientes.

IMPACIENTE estaba el hijo de Ulises por volver á unirse á Mentor en Salento, y embarcarse con él para Itaca, donde esperaba que ya hubiese llegado su padre. Al acercarse á la ciudad, le admiró el ver las tierras de las inmediaciones, que él habia dejado casi incultas y desiertas, tan cultivadas como un jardin, y pobladas de diligentes labradores: al instante conoció que aquello era obra de la sabiduría de Mentor. Entrando despues en la ciudad, notó lo mucho que se habia disminuido su magnificencia, y el número de hombres empleados en las artes de puro lujo, lo cual le causó no pequeño disgusto, porque era naturalmente inclinado á todo lo que dice grandeza y compostura; pero muy pronto sucedieron á estos otros sentimientos. Vió á lo léjos que

salian á recibirle Idomeneo y Mentor , y con su vista se llenó su corazon de alegría y de ternura ; mas á pesar de las victorias que habia alcanzado de Adrasto , temia que Mentor no estuviese satisfecho , y para descubrirlo consultaba sus ojos á proporcion que se iba acercando.

Llegó primero , y le abrazó Idomeneo con el mismo amor que lo hubiera hecho á su hijo : despues se arrojó Telémaco al cuello de Mentor , y se le regó con lágrimas de alegría. Serenóse ; y este sabio director le dijo : Yo estoy satisfecho de tu conducta , pues aunque has incurrido en muy graves defectos has aprendido en ellos á conocerte y desconfiar de tí ; y muchas veces se saca mas provecho de los yerros que de las buenas acciones : estas ensoberbecen é inspiran una dañosa presuncion , y los defectos hacen al hombre que entre dentro de sí , y se reconozca ; y en este conocimiento recobra la prudencia que con los buenos sucesos habia perdido. Lo que ahora te resta es dar gracias á los dioses , y huir de las alabanzas de los hombres. Es cierto que has hecho grandes cosas ; pero confiesa la verdad , no eres tú quien las ha obrado ; y sino dime : ¿ No han sido efecto de una virtud estraña que estaba como infundida y oculta en tí , y que estos efectos no hubieran sido tan felices si hubieran dependido de tus ímpetus , de tus precipitaciones y de tus imprudencias ? ¿ no sentias que la mano de Minerva como que te transformaba en otro hombre superior , haciendo por tí lo que parece que tú has hecho ? Así es. Minerva refrenó tus pasiones como Neptuno refrena en las borrascas las olas irritadas.

Miéntras que Idomeneo se divertia en preguntar á sus Cretenses , vueltos con Telémaco de la guerra , oía este los sabios consejos de Mentor ; y mirando despues con

admiracion por todas partes , le dijo : En todo noto una estrema mudanza , sin atinar con la causa : ¿ por desgracia ha sucedido alguna calamidad en Salento durante mi ausencia ? ¿ qué se ha hecho de aquella magnificencia que por todas partes brillaba ántes de mi partida ? Ya no se vé oro , plata ni piedras preciosas : los trages son sencillos , los edificios que se construyen ménos vastos y con ménos adornos : las artes desfallecen , y la ciudad parece un desierto.

Mentor le respondió sonriéndose : ¿ no has hecho reparo al estado en que se halla la campiña al rededor de la ciudad ? Sí , respondió Telémaco , por todas partes he visto la agricultura floreciente , y hechas fértiles las tierras ántes incultas. ¿ Y cuál es mas útil , añadió Mentor , una suntuosa ciudad abundante en oro , plata y mármoles , con una campiña descuidada y estéril , ó una campiña cultivada y fértil con una mediana ciudad y de modestas costumbres ? Una gran ciudad , muy poblada de artesanos empleados en relajar las costumbres con las comodidades , rodeada de un reino pobre y mal cultivado , es semejante á un monstruo cuya cabeza es de un enorme tamaño , y con la que no guarda ninguna proporcion el resto del cuerpo estenuado y falto de alimento. Desengáñate , Telémaco , la verdadera fuerza y riqueza de un reino consisten en una numerosa poblacion , que abunde de mantenimientos. Ahora tiene Idomeneo un infinito número de vasallos infatigables , que ocupan toda la estension de sus dominios , y todos ellos forman una sola ciudad , cuyo centro es este. De ella hemos acomodado en el campo los hombres que en él hacian falta , y aquí estaban de sobra. Ademas nos hemos atraído muchos pueblos estrangeros , que cuanto mas se multiplican , tanto mas acrecientan por su tra-

bajo los frutos de la tierra : y esta multiplicacion tan insensible y pacífica aumenta mas su poder y grandeza , que la mejor conquista. Pero no sin distincion se han trasplantado de la ciudad á la campiña los artesanos , no ; sino los empleados en aquellas artes superfluas que distraen á los pobres de la agricultura , y corrompen á los ricos precipitándolos en el fausto y la molicie ; mas sin perjudicar en esto á las bellas artes , ni á los que tienen ingenio propio para cultivarlas. Y á estas disposiciones debe Idomeneo el ser ahora mucho mas poderoso que cuando tú admirabas su magnificencia. Bajo de aquel esplendor aparente se ocultaba una debilidad y una miseria que muy pronto le hubieran arruinado ; mas ahora es infinitamente mayor el número de vasallos que le obedecen , y mayor tambien la facilidad de mantenerlos. Estos hombres acostumbrados al trabajo , á la fatiga , y á despreciar la vida por amor de las leyes , estan prontos á defender con ella las tierras cultivadas con sus propias manos. Sí, Telémaco , este estado que te parece haber decaído , llegará muy pronto á ser la admiracion de la Hesperia.

Ten presente que en el gobierno de las naciones suele haber dos males perniciosísimos , pero que casi nunca se les aplica remedio : una autoridad injusta y escesiva de parte de los reyes , y el lujo corruptor de las costumbres.

Un soberano acostumbrado á no conocer mas leyes que su voluntad absoluta , y á no refrenar sus pasiones , es cierto que todo lo puede ; pero tambien lo es , que este mismo poder arruina con la enormidad de su peso hasta los cimientos de su potencia. En su conducta no hay una regla cierta , ni en su gobierno una máxima constante ; y miéntras que á porfía se empeñan todos en

adularle , se va él empeñando en hacer de un reino bien poblado de buenos y ricos vasallos un desierto de pobres y abatidos esclavos. ¿Y en este estado quién se atreverá á desengañarle ? ¿quién pondrá límites á este torrente ? Todo cede á sus ímpetus ; huyen los sabios , se ocultan y en secreto gimen. Solo una repentina y violenta revolucion puede restituir á su curso natural una potencia que se echó fuera de él , queriéndolo inundar todo. ¿Y cuántas veces sucede que aun cuando se trata de solo moderarla , los mismos medios que para conseguirlo se emplean sirven para destruirla sin esperanza de restablecerla ? En una palabra , nada amenaza tan de cerca una funesta caída , como una autoridad ilimitada. Es semejante á un arco muy estirado , que si no se afloja , al fin de improviso salta. ¿Mas quién será el animoso que se atreva á aflojarle ? Esta autoridad tan lisonjera á los príncipes tenia tambien pervertido el corazon de Idomeneo : ni la caída de su trono habia bastado á desengañarle : ha sido necesario que los dioses nos hayan enviado á enseñarle prácticamente que un poder ilimitado es incompatible con la naturaleza humana ; y aun ha sido necesaria cierta especie de milagros para persuadirle.

El otro mal casi incurable es el lujo : así como los atractivos de una escesiva autoridad seducen á los reyes , así el lujo vicia toda una nacion. Dicen que el lujo proporciona que se mantengan los pobres á espensas de los ricos , como si no fuese mas útil que sin afeminar á los ricos se sustentasen los pobres á espensas de su trabajo , dedicándose á la agricultura. Insensiblemente se acostumbra una nacion á tener por necesarias unas cosas que realmente son superfluas , y que todos los dias se inventan , de modo que hoy no se puede pasar sin lo que

treinta años hace no se conocia : y este lujo se llama buen gusto , perfeccion de las artes y cultura de una nacion , siendo alabado como una virtud lo que es un vicio que tras sí arrastra otros infinitos , y que contamina desde el rey hasta la mas ínfima plebe. Los mas inmediatos deudos del rey quieren imitar su magnificencia , los grandes la de los deudos del rey , y los medianos la de los grandes. ¿ Quién es pues él que se hace justicia ? Los pequeños anhelan parecer medianos , y todos se esfuerzan mas de lo que pueden , unos por fausto haciendo alarde de sus riquezas , y otros por una mala vergüenza de parecer pobres. Aun los sabios que condenan este gran desórden , no lo son tanto que se atrevan á ser los primeros á hacerle frente y oponerse con su ejemplo. Arruínase una nacion , confúndense las clases , y la passion de adquirir para ostentar corrompe aun la mayor integridad. Solo se trata de ser rico donde es infamia la pobreza. Supon un sabio y virtuoso que instruye con sus luces á los demas hombres ; no basta , ni que se ganen batallas , se salve la pátria , y se sacrifique uno por ella : nada es capaz de libertarle del desprecio si el fausto no exálta su mérito. Aun los que nada tienen quieren desmentir su indigencia gastando como los que tienen ; y por conseguirlo se empeñan , engañan , fingen y no dudan usar de los medios mas indignos. ¿ Mas quién podrá remediar semejante mal ? No se necesita nada ménos que mudar el gusto y el hábito de una nacion entera , y darle nuevas leyes : ¿ y quién tomará á su cargo tan árdua empresa , si no lo hace un rey filósofo , que sepa avergonzar con su moderacion á los que se complacen en gastar con profusion ; y animar á los sabios , que se regocijarán al ver que el príncipe autoriza con su ejemplo su decente frugalidad ?

Con este discurso quedó Telémaco como quien despierta de un profundo sueño ; y tan persuadido de aquellas verdades que se le quedáron grabadas en el corazon , así como en el mármol quedan impresos los caracteres , que en él esculpe un sabio artista , dándole con ellos movimiento y vida. Estúvose Telémaco un breve rato sin hablar palabra , repasando lo que acababa de oír , y recorriendo con la vista las mudanzas que en Salento se habian hecho , y despues prorumpió diciendo á Mentor :

Vos habeis hecho de Idomeneo el mas sabio de los reyes tanto , que ni él ni su pueblo son conocidos. Tambien confieso que las cosas que aquí habeis hecho son infinitamente mas gloriosas que las victorias que nosotros hemos alcanzado ; porque los sucesos de la guerra dependen en gran parte de la casualidad y de la fuerza , y hasta el último soldado tiene parte en la felicidad del éxito. Mas esta obra solo á vos se os debe , porque solo vos habeis combatido contra las preocupaciones de un rey y de un reino. Los sucesos de la guerra son siempre funestos y odiosos , y aquí todo es obra de una sabiduría celestial , todo es dulce , todo puro , todo amable , y todo prueba una autoridad que es superior á la condicion humana. ¿ Porqué los que quieren colocar su nombre en el templo de la fama no emplearán sus talentos en hacer bien á sus semejantes ? ¡ Ah ! ¡ qué falso es el concepto que tienen hecho de la gloria si esperan hallarla en la devastacion de los pueblos , y en la desolacion de los hombres !

Mostró Mentor en el semblante la alegría que le causaba el ver á Telémaco tan desengañado acerca de la estimacion en que se deben tener las victorias y las conquististas , y mas cuando en su edad parecia natural que

se hubiese desvanecido con la gloria que habia alcanzado.

Verdad es, añadió Mentor, que todo lo que aquí ves es bueno y laudable; pero sabe que aun pudieran hacerse cosas mejores. Idomeneo modera sus pasiones, y se dedica á gobernar su reino con justicia; mas no por eso deja de tener muchas faltas, funestas consecuencias de sus antiguas preocupaciones: porque aun cuando los hombres resuelven con energía su reforma, todavía les persigue por mucho tiempo el vicio, cuyo tiránico poder ha debilitado su naturaleza, dejándola casi sin fuerzas para resistir los malos hábitos que ántes contrajeron, mil errores y preocupaciones que tuvieron de por vida, y que tienen despues difícilísimo remedio. ¿Dichosos los que jamas se han extraviado del recto camino de la virtud? á ellos les es mas fácil seguirle; y por eso, ó Telémaco, exigirán los dioses mas de tí que de Idomeneo; porque tú desde la infancia conociste la verdad, y nunca las grandes prosperidades que tan halagüeñamente seducen y corrompen.

Idomeneo, continuó Mentor, es cuerdo é ilustrado; pero descende demasiado al detalle de las cosas, faltando á la meditacion de lo grande de los negocios, sin la cual no es posible formar útiles planes. El talento de un rey no consiste en hacerlo todo por sí: solo el intentarlo fuera una necia soberbia, así como lo seria querer persuadir al mundo que era capaz de conseguirlo. Un rey debe gobernar su nacion, eligiendo ministros que le sirvan, y dirigiéndolos: el detenerse en las menudencias fuera hacer las funciones que á ellos tocan: debe sí hacer que de todo se le dé cuenta, y saber lo necesario para proceder con discernimiento en las resoluciones. El saber elegir ministros y darles destino análogo á sus talentos son empresas dignas de

la mayor perspicacia, y el gobernar á los que gobiernan es lo que constituye lo sumo, lo mas perfecto de un gobierno; pues se necesita observarlos y experimentarlos, contenerlos, corregirlos y animarlos: elevar á unos, y humillar á otros: mudarles de destino, y tenerlos todos á raya. Querer exáminarlo todo por sí es desconfianza, es una pequeñez despreciable, es dejarse arrastrar de la inclinacion á las menudencias que consumen el tiempo, y embarazan á un rey sabio que se entregue libremente á la meditacion de las grandes cosas. Los grandes proyectos exigen un ánimo libre y tranquilo, desembarazado de todo negocio que sea capaz de suspender ó poner límites á una vasta imaginacion. Un ingenio que se deja absorver de estos pormenores del gobierno, queda semejante á las heces del vino en que ya no hay fuerza ni delicadeza. Los que así gobiernan estan siempre dispuestos á obrar segun las circunstancias de lo presente, sin estender sus miras á lo venidero: déjanse llevar del único negocio del dia; y como que es solo, les absorve, les ocupa, les hace mas impresion que debiera, y les apoca el entendimiento; y no se juzga sanamente de los negocios si no se les tiene todos presentes, se les compara, y se les da el órden y colocacion necesarias para que haya entre ellos consecuencia y proporcion. El soberano que falta á esta regla en el gobierno de sus estados, es semejante al músico que se contenta con encontrar ciertos sonos armoniosos, y no se cuida de unirlos y acordarlos para componer con ellos una música suave y afectuosa. Es tambien semejante á un arquitecto que porque tenga ya preparadas grandes columnas, y cantidad de piedras bien labradas, crea que nada le falta á la perfeccion de un edificio, por mas que no sepa el órden y pro-

porcion en que ha de colocarlas; á un arquitecto que cuando hiciese un salon magnífico no previese que era necesaria una escalera correspondiente, y cuando estuviese construyendo el edificio no tuviese presente el patio ni su entrada. Esta obra no sería mas que un desordenado conjunto de partes magníficas, que léjos de hacer honor al artífice, eternizará su oprobio; pues era un testimonio de que su capacidad fué tan limitada que no cupo en ella la idea de un diseño general del edificio entero: tal es el carácter de los entendimientos limitados y subalternos; y el que nació con él, solo puede servir obedeciendo. No lo dudes, mi querido Telémaco; el gobierno de un reino requiere cierta armonía como la música, y ajustadas proporciones como la arquitectura.

Si quieres, aun me serviré de la comparacion de las artes para demostrarte que los talentos que se ocupan en el pormenor de las cosas en materia de gobierno no pasan de una medianía. El que en un concierto no canta mas que algunos trozos, por mas bien que los cante, no pasa de un cantor; pero el que conduce el concierto y regla á un mismo tiempo todas las partes de que consta, es el único, el verdadero maestro. Del mismo modo el que labra columnas, ó levanta el costado de un edificio, no es mas que un menestral; pero el que ha trazado todo el edificio, y tiene delineadas en la imaginacion sus proporciones, es el único, el solo que merece el nombre de arquitecto. Así los que trabajan, espiden y manejan mas negocios, son precisamente los que ménos gobiernan; ni son mas que unos obreros subalternos. El verdadero genio, el talento creador que rige el estado es el que, sin hacer nada, hace que todo se haga, piensa, inventa, prevee lo futuro, tiene pre-

sente lo pasado, ordena, proporciona, prepara con anticipacion, se esfuerza constantemente por contrastar la fortuna, así como el nadador por superar una corriente, es por último, él que vela de noche y de dia por no esponer nada á la casualidad.

¿Crees tú, Telémaco, que un excelente pintor se fatigue desde por la mañana hasta la noche por concluir cuanto ántes sus obras? No por cierto: semejante afán, tan servil trabajo estinguiría todo el fuego de su imaginacion, sin el cual era imposible que hiciese brillar su ingenio: ha de ser todo efecto de un arrebato, de un capricho, para los cuales no hay reglas: en una palabra, el gusto y la fantasía han de dirigir su mano. ¿Crees tampoco que gaste el tiempo en moler los colores, y preparar los pinceles? ménos: esa es ocupacion de sus discípulos. Al maestro le está reservado meditar el como con sus pinceladas ha de dar nobleza, vida y espresion á las figuras: tiene en la idea los pensamientos y aun los afectos de aquellos héroes que quiere representar, los siglos y las demas circunstancias en que se hallaron; y aun es necesario agregar á esta especie de entusiasmo una prudencia que le contenga para que en todo haya verdad, correccion y proporcion. Ahora bien, ¿te parece que para constituir un buen rey no se necesitan pensamientos tan sublimes, tanto ingenio y tantos esfuerzos de entendimiento como para un gran pintor? Desengáñate; la mas digna, la única ocupacion de un rey debe ser el meditar y formar grandes proyectos, y escoger sugetos á propósito para que los desempeñen.

Me parece, le respondió Telémaco, haber comprendido bastante bien cuanto me habeis dicho; pero recelo, que siguiendo vuestra doctrina, esté un rey muy es-

puesto á ser engañado, especialmente en los negocios

particulares, pues que por sí mismo no los ha de examinar. Tú eres el que te engañas, le replicó Mentor: un conocimiento universal del gobierno se opone al engaño. Los que carecen de principios en el manejo de los negocios, y de un juicio delicado para discernir el talento é inclinacion de los demas, van siempre como á tientas, y solo por casualidad no se engañan: ni ellos mismos saben lo que buscan, ni para que: su carácter es la desconfianza, pero con la desgracia de que mas bien desconfian de los que les contradicen que de los aduladores que les lisonjean. Por el contrario, los que tienen ideas exáctas del gobierno, y conocimiento de los hombres saben lo que han de buscar en ellos, y los medios de hallarlo: conocen, aunque por mayor, si los sugetos de que se valen son á propósito, y se interesan en que se realicen sus designios. Ademas de que como no se hallan oprimidos con el enojoso trabajo de exáminar parte por parte los negocios menores, estan mas en disposicion de ver de una mirada toda la obra, y observar si se adelanta hácia el fin que se ha propuesto. Si son engañados, á lo ménos no podrán serlo gravemente en lo esencial. Estos talentos son tambien superiores á esos ligeros recelos con que se alimentan las almas bajas, y los de limitados alcances. Saben muy bien que les es imposible evitar algunos engaños, pues que necesitan servirse de hombres; pero tambien saben que se pierde mas en la irresolucion á que conduce la desconfianza, que en dejarse levemente engañar: ¡feliz el que solo es engañado en las cosas medianas! pues esto no suspende el curso de las grandes, que es lo único de que debe cuidar un gran talento. Castíguese con rigor el engaño descubierto, justo es; pero la prudencia exige que se disimulen algunos engaños, por no

esponerse á ser verdaderamente engañado. Un artesano lo vé todo en su taller por sus propios ojos, y lo hace con sus manos; el soberano de un grande estado no puede hacerlo todo, ni todo verlo; pero por sí solo debe hacer lo que no es posible que ningun otro haga, y ver nada mas que lo que contribuye á decidir con acierto en los negocios mas importantes.

Por último, le dijo Mentor, los dioses te aman y te preparan un reinado en que respandezca la sabiduría. Quanto aquí ves se ha hecho ménos por la gloria de Idomeneo que por tu instruccion: estos sabios establecimientos que tanto admiras en Salento no son mas que una sombra de lo que tú harás algun dia en Itaca, si corresponden tus virtudes á los altos designios que tiene de tí formados el destino. Mas ya es tiempo de que partamos, para lo cual nos tiene preparado Idomeneo un bajel que nos conduzca á nuestra pátria.

Inmediatamente se descubrió Telémaco á su amigo, aunque con algún empacho, acerca de una oculta passion que le aficionaba á Salento. Acaso vituperaréis, le dijo, la facilidad con que mi inclinacion se contrae por donde quiera que paso; pero mi corazon me acusaria incesantemente, si yo os ocultase que amo á Antiópe, hija de Idomeneo. No creais, mi querido Mentor, que es esta una ciega passion como aquella de que me curasteis en la isla de Calipso: conozco muy bien cuan profunda fué la herida que el amor me hizo, como que aun no puedo pronunciar el nombre de Eucaris sin conmovirme: ni el tiempo ni la ausencia han bastado á borrarnele de la memoria; y aquella funesta esperiencia me enseña á desconfiar de mí. Pero yo no siento por Antiópe nada que se parezca á aquella passion: no es este un amor desordenado, sino una justa estimacion

debida á su virtud, una firme persuasion de que fuera feliz si viviera en su compañía. Si los dioses disponen que hallemos á mi padre, y me conceden que elija muger á mi gusto, Antiope será mi esposa. Lo que mas admiro en ella es su silencio, su modestia, su retiro, la constancia en el trabajo, la habilidad de sus manos, la aplicacion con que gobierna la casa de su padre desde que murió su madre, el desprecio con que mira los vanos adornos, y el olvido, si no es ignorancia, en que está de su hermosura. Cuando Idomeneo la manda dirigir las danzas de las jóvenes Cretenses, con facilidad se la equivocará con la risueña Vénus acompañada de las gracias. Si la lleva consigo á caza, brilla tanto su magestad en las selvas, y su habilidad en manejar el arco, como pudiera la misma Diana en medio de sus ninfas: todo el mundo la admira, y ella es la única que no lo sabe. Cuando entra en los templos á llevar sus ofrendas á los dioses, se creyera ser ella la misma divinidad que en ellos se adora. ¡ Con qué temor tan religioso la hemos visto ofrecerles sacrificios, y aplacar su enojo cuando ha sido necesario espiar alguna culpa, ó mudar algun funesto presagio! En fin, ¿ quién al verla con una aguja de oro en la mano, ocupada al mismo tiempo en dirigir las labores de las doncellas que la sirven, no la tendrá por Minerva misma, creyendo que bajo la figura humana ha descendido á inspirar á los hombres el amor á las bellas artes? Ella las anima, las alienta, y con la dulzura de su voz tembla y las hace olvidar el enojo que el trabajo causa. La mas acabada pintura no tiene comparacion con la delicadeza de sus bordados. ¡ Feliz mil veces él que á ella se vea unido por un dulce himeneo! Solo tendrá que temer el perderla, ó sobrevivila.

Los dioses me son testigos, mi amado Mentor, de que estoy pronto á partir: yo amaré á Antiope mientras me dure la vida; pero sin que este amor retarde ni un momento mi vuelta á Itaca. Si por mi desgracia llegase otro á poseerla, pasaré el resto de mis dias en la mas profunda tristeza y afliccion: no obstante la dejaré, á pesar de que conozco el poder y los efectos de la ausencia. No pienso descubrirla mi amor, ni á su padre; pues en mis actuales circunstancias solo á vos debo manifestarle, interin recobra Ulises su trono, y obtengo su aprobacion. En esto mismo podeis conocer cuan diferente es este amor de aquella ciega pasion que tuve por Eucaris.

Así es, le respondió Mentor: noto bien la diferencia. Antiope es amable, sencilla y discreta: sus manos no desdennan el trabajo: prevee las cosas, y á todo provee: sabe callar, obra sin agitacion, porque nunca está ociosa, y cada cosa la hace á su tiempo: el buen orden en que tiene la casa de su padre la da mas honor, y la hace mas apreciable que su estremada hermosura. Aunque de todo cuida, y está á su cargo el corregir á unos, negar lo que piden otros, y economizar con todos, que es lo que hace aborrecibles á casi todas las mugeres, Antiope ha sabido grangearse el amor de toda la familia, que no vé en ella pasion, capricho, velocidad, ni aquel genio descontentadizo que comunmente caracteriza á las demas. Con una mirada la entienden todos, y todos temen desagradarla: sus órdenes son precisas, pero sin exigir imposibles; reprende con dulzura, y anima reprendiendo. Ella es el apoyo de su padre, que así descansa con ella, como un pasagero fatigado del escesivo calor reposa á la sombra sobre la fresca yerba. Tienes razon, Telémaco; Antiope es un

tesoro digno de ser buscado por todo el universo. Su espíritu así bien que su cuerpo desprecia todo vano atavio : á su imaginacion , aunque viva , la modera su cordura : solo habla por necesidad ; y cuando desplega los labios , destila por ellos la dulce persuasion envuelta en las gracias mas sencillas. Habla , y todos callan por oírla ; se avergüenza , y no la falta mucho para callar lo que quiere decir luego que advierte que tan atentamente se la escucha. Pero ; qué mas ! si despues de tanto tiempo apénas la hemos oido hablar nosotros.

¿ Te acuerdas , Telémaco , de aquel día en que llamada por su padre se presentó con los ojos bajos , cubierta de un gran velo ? ¿ Te acuerdas de que solo habló lo necesario para aplacar el enojo de Idomeneo , que queria hacer castigar rigurosamente á uno de sus esclavos ? ; Con qué prudencia se puso al principio de parte de su enojo , y le aplacó despues , hasta que por fin le espuso todas las razones que podian escusar á aquel infeliz ! Y sin dar á entender al rey que se habia dejado arrebatar de la ira , supo inspirarle sentimientos de justicia y de compasion. Cuando Tetis acaricia al viejo Nereo , no calma con mas dulzura las olas irritadas. Así Antiope sin arrogarse ninguna autoridad , y sin prevalerse de sus gracias , manejará el corazon de su esposo , como ahora maneja su lira cuando quiere exprimir la mas suave armonía. Vuelvo á repetirlo , Telémaco ; tu amor por ella es justo y racional ; los dioses te la destinan ; solo falta que esperes á recibirla de Ulises. Apruebo el que no la hayas descubierto tu afecto ; pues cualquier medio que para significársele tomarás , no te libraría de un desprecio , y decayeras de su estimacion. Antiope no es capaz de comprometerse con nadie , no siendo por direccion de su padre ;

ni de recibir por esposo á quien no tema á los dioses , y no sea virtuoso. ¿ No has reparado , como yo , que desde que has vuelto se presenta aun ménos que ántes , y que baja mas los ojos ? Antiope sabe las victorias que has obtenido , no ignora tu nacimiento ni tus aventuras ; ni ignora tampoco lo favorecido que eres de los dioses , y esto la hace tan modesta y circunspecta. Volvamos , Telémaco , volvámonos á Itaca. Ya no me resta mas sino que encuentres á tu padre , y ponerte en estado de que obtengas una muger digna del siglo de oro. Si como es hija del rey de Salento , no fuera mas que una pobre pastorcilla , tú serias el hombre mas dichoso en poseerla.

FIN DEL LIBRO VEINTE Y DOS.